

# Interpretación del sacerdote, la guerrilla liberal y la policía en *Lo que el cielo no perdona*\*

Rosa Carolina Gil Jaramillo\*\*

DOI: <http://dx.doi.org/10.15446/hys.n34.66232>

**Resumen** | *Lo que el cielo no perdona* es una novela escrita por el sacerdote colombiano Fidel Blandón Berrío y está inscrita en la llamada “literatura de la Violencia” o “novela de la Violencia”. Esta se interpreta como testimonio de las experiencias vividas por el autor en el occidente antioqueño mientras defendía a las guerrillas liberales instaladas cerca del corregimiento de Juntas de Uramita. En esa medida el presente artículo reconstruye aspectos de la vida del sacerdote y las representaciones de su figura, de la guerrilla liberal y de la policía para rescatar un personaje poco estudiado en la historiografía de la Violencia, y el cual procuró la pacificación en un contexto profundamente polarizado y beligerante. El análisis concluye mostrando que Blandón Berrío se opuso a los discursos incendiarios de otros curas en contra de los liberales y a los argumentos que señalaban la pertenencia a la religión católica como prueba suficiente para eximir los crímenes cometidos en el marco de la Violencia.

**Palabras clave** | (Autor) novela de la Violencia; la Violencia; Colombia; guerrillas liberales; sacerdotes

## Depictions of the Priest, the Liberal Guerrilla and the Police in *Lo que el cielo no perdona*

**Abstract** | *Lo que el cielo no perdona* is a novel written by Colombian priest Fidel Blandón Berrío that is inscribed in the so-called *la Violencia* literature or *la Violencia* novel categories. The novel is interpreted as a testimony of the author’s experiences in western Antioquia while defending the liberal guerrillas settled near to the township of Juntas. This article reconstructs aspects of the priest’s life and of his depiction in the novel, as well as those of the liberal guerrilla and the police, in order to rescue a character that has been understudied in the historiography of *la Violencia* and who sought peace in a highly polarized and belligerent context. The analysis concludes by showing that Blandón Berrío opposed the incendiary anti-liberal discourses of other priests and the arguments of those who upheld belonging to the Catholic religion as sufficient evidence for the exoneration from crimes committed during *la Violencia* period.

**Keywords** | (Author) *la Violencia* novel; *la Violencia*; Colombia; liberal guerrilla; priests

---

\* Recepción: 9 de julio de 2017. Aprobación: 23 de septiembre de 2017. El artículo es producto de la tesis de Maestría “*Lo que el cielo no perdona* y *Lo que el cielo no perdonó*, interpretaciones antagónicas de la Violencia”.

\*\* Candidata a Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia (Sede Medellín) (Medellín, Colombia). Docente de la Institución Educativa Comercial Antonio Roldán Betancur (Bello, Colombia)

 <https://orcid.org/0000-0002-9134-6159>  [rcgilj@unal.edu.co](mailto:rcgilj@unal.edu.co)

## Introducción

Durante el siglo XX los colombianos fueron testigos de una de las épocas más sanguinarias de la historia del país, periodo conocido como la Violencia<sup>1</sup>. Si bien en la actualidad hay muchos académicos que centran su interés en esta época, las primeras interpretaciones del conflicto las hicieron sus propios protagonistas. Según el sociólogo Gonzalo Sánchez, estas se materializaron en publicaciones que aparecieron en los años cincuenta, presentando dos tipos de tendencias: una de corte apologético, esto es, literatura escrita por los voceros de los partidos, quienes defendían sus intereses, justificando sus discursos y actos; y otra, testimonial, escrita en forma de crónica o narración novelada por personajes que padecieron la Violencia y querían denunciarla. Sus autores fueron principalmente hombres liberales como médicos, militares, sacerdotes<sup>2</sup> —aunque en menor medida— y algunos conservadores. Estos personajes escribían desde su inscripción política, su creencia religiosa, su región y, por supuesto, desde su oficio. A este tipo de publicaciones, apologéticas y testimoniales, el sociólogo Carlos Ortiz Sarmiento las llamó literatura partidista<sup>3</sup>. El libro elegido por esta investigación, *Lo que el cielo no perdona*, fue escrito por el sacerdote Fidel Blandón Berrío y narra sus experiencias en Juntas de Uramita —corregimiento del municipio de Cañasgordas— las de su amigo Gonzalo Jiménez (también cura) en San José de Urama y las del campamento de las guerrillas liberales en Camparrusia —municipio de Dabeiba—; localidades ubicadas en el occidente antioqueño, alejadas de los cascos urbanos y unidas entre sí por caminos de herradura. Dicha novela hace parte de los textos tipo testimonio que Carlos Ortiz Sarmiento llamó “literatura partidista”, pero que también se conoce como “literatura de la Violencia” o “novela de la Violencia”<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Se le denomina la Violencia, con V mayúscula, al periodo del siglo XX en el cual se desencadenaron conflictos enmarcados inicialmente en disputas bipartidistas, pero que gracias a un buen número de investigaciones sabemos que fue mucho más complejo y tuvo diferentes matices. Sobre los debates en torno a esa denominación ver Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda comps., *Pasado y presente de la Violencia en Colombia* (Bogotá: Fondo Editorial Cerec, 1991); y Catherine LeGrand, “La política y la Violencia en Colombia (1946-1965). Interpretaciones de la década de los ochenta”, *Revista Memoria y Sociedad* Vol: 2 n.º 4 (1997): 79-109.

<sup>2</sup> Gonzalo Sánchez, “Los estudios sobre la Violencia, balance y perspectivas” en *Pasado y presente*, comps. Sánchez y Peñaranda, 24.

<sup>3</sup> Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, “Historiografía de la Violencia”, en *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, comp. Bernardo Tovar Zambrano (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1995): 383.

<sup>4</sup> Aunque *Lo que el cielo no perdona* fue anunciada como una crónica, ha sido reconocida como “novela de la Violencia” o “literatura de la Violencia”, porque hace parte del conjunto de textos que inscribieron su narración en el tiempo y el espacio de mediados del siglo XX, llamado periodo la Violencia. En adelante nos referiremos a esta publicación como una novela. Para mayor información acerca de esta novelística ver Nicolás Rodríguez Idárraga, *Los vehículos de la memoria. Discursos morales durante la prime fase de la violencia (1946-1953)* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2008); Gustavo Álvarez Gardeazábal, “La novelística de la violencia en Colombia” (tesis de pregrado de Licenciatura en Letras, Universidad del Valle, 1970); Laura Restrepo, “Niveles de realidad en la literatura de la ‘violencia’ colombiana”, en *Once ensayos sobre la Violencia*, AA. VV. (Bogotá: Fondo Editorial Cerec y Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1985): 117-169; Lucila Inés Mena, “Bibliografía anotada sobre el ciclo de *La Violencia* en la literatura colombiana”, *Latin American Research Review* Vol: 13 n.º 3 (1978): 95-107; Augusto Escobar Mesa, “Literatura y violencia en la línea de fuego”, en *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*, Augusto Escobar Mesa (Bogotá: Fundación Universidad Central, 1997); y Óscar Osorio, “Siete estudios sobre la novela de la Violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva”, *Poligramas* n.º 25 (2006): 85-108.

Varios autores señalan que estas producciones, en un primer momento, tuvieron como finalidad dar testimonio de los acontecimientos violentos de mediados del siglo XX y no hubo una preocupación por asuntos estéticos. Posteriormente surgieron otras novelas con mayor calidad literaria, a las cuales no se les adjudica un carácter testimonial<sup>5</sup>. En este caso, la publicación elegida hace parte de las producciones con peso de testimonial, pero que fueron clasificadas por la crítica literaria como obras de poco valor estético. Según el investigador Augusto Escobar Mesa en estas novelas “... no importan los problemas del lenguaje, el manejo de los personajes o la estructura narrativa, sino los hechos, el contar sin importar el cómo. Lo único que motiva es la defensa de una tesis [...] [exhibiendo una] intención clara de denuncia”<sup>6</sup>. En este tipo de novelas se relatan hechos crueles, se describen masacres y generalmente, “el dolor y la rabia difuminan la intención literaria”<sup>7</sup>. La crónica objeto de estudio presenta tales características. Ahora bien, lejos de asumir *Lo que el cielo no perdona* como el reflejo real del pasado, esta se entiende —siguiendo a Robert Darnton— como “un relato de alguien sobre lo que sucedió”<sup>8</sup>, una huella de lo que un personaje pensó de lo ocurrido.

Así, la categoría de análisis que servirá para dilucidar la interpretación del sacerdote sobre dichos acontecimientos es la de representación. Para este caso en particular, la noción de representación la tomaremos como lo hace Roger Chartier, quien entiende esta noción como “las diferentes formas a través de las cuales las comunidades partiendo de sus diferencias sociales y culturales, perciben y comprenden su sociedad y su propia historia”<sup>9</sup>. Según Chartier, la historia cultural “es entendida como una historia de las representaciones y las prácticas”<sup>10</sup>, que se interesa por las divisiones del mundo social; divisiones que a su vez son “incorporadas y producidas por el pensamiento y las conductas”<sup>11</sup>. Es decir, por las representaciones-imágenes y por las prácticas-el quehacer-la acción. Según Chartier, este enfoque “... considera al individuo, no en la libertad supuesta de su yo propio y separado, sino en su inscripción en el seno de las dependencias recíprocas que constituyen las configuraciones a las que él pertenece”<sup>12</sup>. Tal enfoque estudia las significaciones culturales como fragmentarias, mutables, contradictorias e incluso cuando se imponen sobre otras<sup>13</sup>. Esta

.....  
<sup>5</sup> Gustavo Álvarez Gardeazábal, “La novelística”; Laura Restrepo, “Niveles de”; Lucila Inés Mena, “Bibliografía anotada”, 95-107; Augusto Escobar Mesa, “La Violencia: ¿generadora de una tradición literaria?”, *Gaceta* n.º 37 (1996): 21-29.

<sup>6</sup> Augusto Escobar Mesa “La Violencia”, 23-24.

<sup>7</sup> Óscar Osorio, “Siete estudios”, 105.

<sup>8</sup> Robert Darnton, *El beso de Laumourrette. Reflexiones sobre historia cultural* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010), 18.

<sup>9</sup> Roger Chartier, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural* (Barcelona: Gedisa, 2005), 1

<sup>10</sup> Roger Chartier, *El mundo*, 4.

<sup>11</sup> Roger Chartier, *El mundo*, 10.

<sup>12</sup> Roger Chartier, *El mundo*, 10.

<sup>13</sup> Max S. Hering Torres y Amada Carolina Pérez Benavides, *Historia cultural desde Colombia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012), 23.

perspectiva permite interpretar la manera en que un hombre inscrito en una época y cultura determinada —aunque con sus respectivas singularidades— dio sentido y significado a su realidad. En este artículo se presentan las representaciones sobre las figuras del sacerdote, las guerrillas liberales y la policía que aparecen en *Lo que el cielo no perdona*. Los ejes orientadores de la investigación fueron los siguientes: ¿quién es el autor?, y ¿qué representaciones de la figura del sacerdote, las guerrillas liberales y de la policía devela la novela?

## El autor y su novela

Fidel Blandón Berrio, oriundo de Yolombó, fue enviado en enero de 1950 como cooperador vicario en Uramita y en el poblado de Juntas de Uramita<sup>14</sup>, corregimiento del municipio de Cañasgordas. Por las normas establecidas para ingresar a los seminarios de Antioquia, se presume que venía de una familia conservadora y que era hijo legítimo<sup>15</sup>. Tanto Juntas de Uramita como Cañasgordas se localizan en el occidente antioqueño, subregión compuesta por catorce municipios, y descrita por la investigadora Mary Roldán en los siguientes términos: “La mayor parte del occidente antioqueño era quebrado y empinado, surcado por arroyos y ríos con lechos bordados de oro, y un terreno demasiado rocoso para la mayoría de la agricultura”<sup>16</sup>. Según señala Gustavo Mesa, los catorce municipios eran parte de la diócesis de Santa Fe de Antioquia y la gran mayoría eran de tendencia liberal<sup>17</sup>. No obstante, hacia 1950 Cañasgordas acogió a un gran número de conservadores desalojados por los grupos liberales armados de las veredas y corregimientos como Juntas de Uramita y Cestillal. Estos desplazados al parecer, fueron subsidiados por los conservadores de aquel municipio<sup>18</sup>. Mary Roldán expone que Antioquia ocupó el tercer lugar con más muertes en el periodo llamado de la Violencia. Señala también que el fenómeno fue más severo en los municipios periféricos en donde la ausencia del Estado era evidente. La autora estudia este departamento de acuerdo con subregiones que agrupa y caracteriza teniendo en cuenta sus respectivas singularidades

<sup>14</sup> Diócesis de Santa Fe de Antioquia (DA), Libro de Decretos n.º 5, folio 111.

<sup>15</sup> Para pertenecer a los seminarios de las diferentes diócesis antioqueñas era indispensable ser hijo legítimo y de familia conservadora. Gustavo Mesa, “Representaciones religiosas de la Violencia en Antioquia 1949-1953” (tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia (Sede Medellín), 2006), 87-89.

<sup>16</sup> Mary Roldán, *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003), 218.

<sup>17</sup> Gustavo Mesa, “Representaciones religiosas”, 99.

<sup>18</sup> Ver el Informe escrito en 1950 por Luis Vásquez oficial mayor y enviado al gobernador, sobre las familias de Juntas de Uramita y Cestillal que huyeron hacia Cañasgordas por temor a los “bandoleros” (grupos liberales armados), en Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Secretaría de Gobierno, Gobernación de Antioquia, Gobierno-Municipios, Carpeta 3, Letra C, Caja n.º 55, f. 184. Ver también el Informe dirigido en 1951 por estas familias desplazadas al gobernador pidiéndole que “componga la situación”. (1951), en AHA, Secretaría de Gobierno, Gobernación de Antioquia, Gobierno-Municipios, Carpeta 2, Letra C, Caja n.º 560, f. 52. Mary Roldán, *A sangre y fuego*, 223.

geográficas y administrativas: Urabá y el occidente antioqueño, Urrao y el suroeste, Medellín y los municipios nucleares, El bajo Cauca, el Magdalena medio y el nordeste. Roldán indica a grandes rasgos que a partir de 1950, en pleno mandato del conservador Laureano Gómez, los siguientes territorios fueron los que registraron más homicidios en esa época. En el caso del occidente y de Urabá la gran mayoría de municipios del Urabá, Dabeiba, Cañasgordas y Frontino; en el extremo suroeste Urrao, Betulia y Salgar; en el nordeste, el Bajo cauca; y en el valle del Magdalena medio Amalfí, Remedios, Zaragoza, Caucasia, Cáceres, Puerto Berrío, Puerto Nare y Puerto Triunfo<sup>19</sup>. Según la autora estos municipios eran zonas de recientes e intensos esfuerzos de colonización y producción extractiva, caracterizados por la ausencia estatal, por profesar una filiación política liberal y por peculiaridades étnicas que contribuyeron a intensificar el conflicto. Por otro lado, Roldán sostiene que en Antioquia el desarrollo de la Violencia tuvo que ver más con asuntos económicos y étnicos que con rencillas partidistas de odios heredados. Así mismo expone que la intensificación de la beligerancia en algunas subregiones se agudizó gracias a las políticas departamentales y locales que armaron a la población civil y permitieron a la policía el uso indiscriminado de su fuerza. La autora demuestra que entre 1949 y 1953 el occidente Antioqueño y el Urabá fueron duramente golpeados por la Violencia. Apunta que de los cuatro mil muertos, la mitad provenían de los municipios del Urabá y el occidente Antioqueño<sup>20</sup>.

De acuerdo con información de la diócesis de Antioquia, Fidel Blandón Berrío llegó a Juntas de Uramita —un corregimiento de mayoría liberal— en 1950 y se retiró del sacerdocio a finales de 1952: “Se retiró secretamente de la diócesis y desapareció en la Violencia”<sup>21</sup>. En 1954 Blandón Berrío publicó en Bogotá *Lo que el cielo no perdona*, bajo el seudónimo de *Ernesto León Herrera*. En la actualidad hay ocho ediciones de la novela, pero las que aparecen en las principales bibliotecas del país son las producidas por la Editorial Argra (1954), la editorial Minerva (1955), la Editorial Planeta (1996); y Uniediciones (2010). En estas dos últimas se incluyó información del autor y sobre la persecución que padeció por publicar la novela. En trescientas cincuenta y cuatro páginas divididas en dieciocho capítulos, el autor escribió sobre las experiencias vividas por él y por el presbítero Gonzalo Jiménez en Juntas de Uramita, en San José de Urama y en el campamento de los liberales armados en Camparrusia; todos estos ubicados en el occidente Antioqueño, retirados de los cascos urbanos. Este fue el hilo conductor que Blandón Berrío utilizó para denunciar la persecución a sacerdotes que como él ayudaban a liberales y para presentar a esos hombres alzados en armas como guerrilleros y no como bandoleros y a quienes, además, defendía como católicos. El seudónimo de *Ernesto*

<sup>19</sup> Mary Roldán, *A sangre y fuego*, 145.

<sup>20</sup> Mary Roldán, *A sangre y fuego*, 25

<sup>21</sup> DA, Libro de Registros de Ordenanzas, n.º 7, f. 290. Presumimos que la renuncia ocurrió en 1952 porque el 9 de septiembre Fidel Blandón envió a monseñor Luis Andrade Valderrama el que sería su último informe como sacerdote en Juntas de Uramita. DA, Libro de Guasabra, Nutibara, Turbo, Urama y Uramita, Vol: 299, f. 664.

León Herrera, probablemente fue empleado para evitar hostigamientos. Con el fin de asegurar su anonimato, el autor anexó en la novela una carta de Ernesto León Herrera dirigida al presbítero Fidel Blandón Berrío, en la cual se apuntaba que eran amigos, y que por tanto se trataba de dos personas distintas. Esta carta se conserva en las ediciones antes mencionadas. A pesar de las estrategias del sacerdote para ocultar su identidad, su autoría fue finalmente revelada. Tiempo después de publicada, el docente conservador Juan Manuel Saldarriaga con el seudónimo de *Testis Fidelis* (Testigo Fiel) respondió a la obra de Daniel Caicedo y a la de Blandón, a través de su novela *De Caín A Pilatos o lo que el cielo no perdonó. Réplica a Viento seco y a Lo que el cielo no perdona*<sup>22</sup>. En dicho texto el conservador trató de demostrar que los autores estaban equivocados al defender a los liberales, a quienes Saldarriaga culpaba por las desgracias y la violencia del país. En esta novela, Saldarriaga llamó a Blandón por su nombre y lo acusó señalándolo de ser un mal sacerdote, apoyándose en una cita de monseñor Manuel Canuto Restrepo, quien se caracterizó por su discurso antiliberal: “Para conocer a un sacerdote basta oír a los liberales: si dicen que es bueno, es porque es malo y está con ellos; si dicen que es malo es porque es un sacerdote celoso que los combate”<sup>23</sup>. A continuación Juan Saldarriaga anotaba que “cualquier parecido o semejanza que el lector le encuentre a este apunte con el señor don Fidel Blandón Berrío, es mera coincidencia. Que Dios le perdone! [sic]”<sup>24</sup>.

Se infiere entonces que Saldarriaga sabía que quien había escrito *Lo que el cielo no perdona* era Fidel Blandón, a quien presentaba como un mal sacerdote porque auxilió a los liberales en vez de combatirlos según era habitual en la mayoría del clero. Con la publicación de la obra de *Testis Fidelis* se puede dar una idea del impacto de la obra de Blandón en el momento de su publicación (1954), pues en poco tiempo apareció un texto que contradecía su visión sobre la Violencia, la favorabilidad por el grupo guerrillero liberal y por los liberales en general. Se presume que la obra de Saldarriaga se publicó al año siguiente de la de Blandón, ya que la primera reseña apareció en *El Colombiano* en enero de 1956 cuando se presentó una nota informativa sobre las publicaciones de 1955<sup>25</sup>. Cabe apuntar que en 1955 la Editorial Minerva publicó la quinta edición de *Lo que el cielo no perdona*, esta vez con el verdadero nombre del autor<sup>26</sup>. Hacia 1954 también aparecieron por lo menos otras doce novelas de diferentes autores, las cuales según investigaciones de Myriam Jimeno “denotan un afán casi angustioso por dar cuenta de lo ocurrido”<sup>27</sup> durante la época de la Violencia. Este periodo, que dejó por lo

<sup>22</sup> *Testis Fidelis* [Juan Manuel Saldarriaga], *De Caín a Pilatos o lo que el cielo no perdonó. Réplica a “Viento Seco” y “Lo que el cielo no perdona”* (s.l.: s.e., s.f.).

<sup>23</sup> *Testis Fidelis* [Juan Manuel Saldarriaga], *De Caín*, 164.

<sup>24</sup> *Testis Fidelis* [Juan Manuel Saldarriaga], *De Caín*, 164.

<sup>25</sup> Humberto Bronx, “El libro colombiano en 1955”, *El Colombiano*, sección cultural, Medellín, 4 de Enero, 1956.

<sup>26</sup> Fidel Blandón Berrío, *Lo que el cielo no perdona* (Bogotá: Editorial Minerva, 1955).

<sup>27</sup> Myriam Jimeno, “La dimensión antropológica de la Literatura de la Violencia”, conferencia, XIV Congreso Colombiano de Antropología, Medellín, 23 al 26 de octubre de 2012. Para una cronología y una bibliografía sobre la novelística de la Violencia, especialmente la producida en 1954, ver Augusto Escobar Mesa “la Violencia”.

menos doscientos mil muertos y un gran número de desplazados, presentó manifestaciones heterogéneas que lo hicieron un fenómeno complejo. Blandón inscribió su relato en él y dio sus propias percepciones de lo ocurrido.

## **Dos sacerdotes: el héroe y el incendiario en *Lo que el cielo no perdona***

En la novela el autor defendió la institución clerical y presentó la figura del sacerdote como fundamental para preservar la vida espiritual y moral. En su relato insistió en la presencia de un cura “para todo y para todos”. El sacerdote era aquel encargado de pacificar, dar consuelo y administrar los sacramentos a todos los feligreses, incluyendo a los liberales y a los del grupo liberal armado, a quienes Blandón se empeñó en defender como guerrillas organizadas, y no como bandoleros, denominación empleada por los conservadores. Los guerrilleros aparecen en el relato como héroes valientes. Así, durante toda la narración se observan dos tipos de representaciones sacerdotales: el sacerdote bueno, quien es pacificador, humilde, héroe, valiente, salvador de todas las almas, servidor de Dios, del evangelio y de Cristo, además defensor del partido liberal y perseguido por el Gobierno; y el sacerdote malo, quien a su vez condena, juzga, ambiciona poder, no busca a los fieles, sino que los rechaza y excluye, es asociado a la policía y es defensor del partido conservador. Acerca de esto, el autor dice:

Este cura [Gonzalo Jiménez] como otros de la región [occidente antioqueño] del departamento y del país no servía [...] a los fines que la política reinante [el Gobierno conservador] había propuesto respecto al clero [...] los curas servían si se plegaban al sectarismo reinante en el ejercicio de su ministerio, porque había que alcahuetiar [sic] los crímenes depredaciones e infamias de uno de los partidos, y atacar en el púlpito, en el confesionario y en todas partes a los del otro partido, maldiciéndolos, echándolos de la religión en que nacieron y sepultándolos en los profundos infiernos como si no fueran hijos de Dios.<sup>28</sup>

Los incendiarios conservadores fueron representados como enemigos de la religión y del oficio del sacerdocio, porque negaban los sacramentos a los liberales y defendían al Gobierno conservador. Por eso Blandón también los relacionó con la figura de la policía:

Ver un uniforme de policía era como ver el diablo en calzoncillos. Por desgracia, pero con alguna razón, sentía algo semejante al ver un cura. Por eso de lugar, en lugar, se avisaba que iba un padrecito, pero no eran de los que andaban con la policía y mandaban matar. Que era bueno como el cura Gaviria de Dabeiba.<sup>29</sup>

<sup>28</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrio], *Lo que el cielo no perdona*, (Bogotá: Argra, 1954), 155.

<sup>29</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrio], *Lo que el cielo*, 124.

Según el autor, los sacerdotes Gonzalo Jiménez (San José de Urama), Misael Gaviria (Dabeiba) y Fidel Blandón Berrío (Juntas de Uramita) —todos de la diócesis de Santa Fe de Antioquia y del occidente antioqueño— hacían parte de los curas dotados de valores que defendían a los feligreses sin distinción política, en oposición a otros que incrementaban los odios e incluso incitaban y consentían el asesinato de liberales. Para Blandón, Gonzalo Jiménez, representaba a los sacerdotes buenos, dotados de heroísmo y de valentía. Jiménez fue nombrado cura en la parroquia de San José de Urama hacia 1950<sup>30</sup>. En el relato Fidel Blandón tomó como suyos los diálogos que aquel sostuvo con guerrilleros liberales de zonas como Camparrusia<sup>31</sup>. Blandón Berrío señaló que este visitaba a los grupos guerrilleros para administrarles los sacramentos. De una de las tantas visitas que hizo Jiménez, el autor relató que:

La misión era verdaderamente peligrosa, pues [Jiménez] tenía que entrar al centro mismo de la guerrilla, donde nadie hubiera entrado [...] [Jiménez] por lo demás estaba cumpliendo su programa de luchar sólo por las almas al margen de toda politiquería y de toda parcialidad, sin miedo, y armado sólo de fe y de caridad.<sup>32</sup>

Blandón dotó a Gonzalo Jiménez de heroísmo y valentía al mostrar que varias veces acudió al llamado de los guerrilleros, entrando sin temor al monte para buscar las almas que necesitaban la salvación y ofrecer los sacramentos sin tener en cuenta la adscripción política del usuario. Fidel Blandón indicaba, además, que Jiménez iba “llevando consuelo a los afligidos, la resignación a los perseguidos, calmando los rencores y sosegando los ánimos”<sup>33</sup>. Este encarnaba la figura del pacifista, que buscaba con valentía y sin miedo la salvación de todas las almas. Blandón Berrío mostró a un sacerdote honrado, humilde, mártir, valiente, tranquilo y abnegado. Relató, por ejemplo, que Jiménez recuperó varios cuerpos yertos del río para darles cristiana sepultura, describiendo la reflexión del sacerdote —que probablemente era la suya— de la siguiente manera: “Solo el río de Cañasgordas pudiera hablarnos de los muchos cadáveres que la noche arrojó [...] pero también a él se le perdió la cuenta y cada onda se fue jugando con un esqueleto blanquecino...”<sup>34</sup>. Después de hacer una larga reflexión acerca de los cuerpos que llevaba la corriente, el autor recreó el escenario cuando Jiménez sacó uno de ellos:

<sup>30</sup> En los años de 1950 el sacerdote Gonzalo Jiménez fue nombrado vicario cooperador (auxiliar del párroco) de Dabeiba y Mutatá. San José de Urama es una vereda del municipio de Dabeiba. DA, Libro de Decretos n.º 5, f. 144. En 1952 fue trasladado a Cañasgordas para ejercer el mismo cargo. DA, Libro de Decretos n.º 5, f. 187.

<sup>31</sup> Aunque Blandón no estuvo presente en esos encuentros, tal apropiación demuestra su interés por ilustrar la figura del sacerdote bueno, valiente y heroico.

<sup>32</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 109.

<sup>33</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 120.

<sup>34</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 214.

... El sacerdote se descalzó, pasó el río por la parte superior con el agua arriba de la cintura amarró el cadáver por dos partes antes de llegar el cadáver a la orilla se rompió la soga. Sin pensar en nada el cura se tiró al agua y lo agarró por la correa de la cintura hasta anclarlo en la espalda [...].<sup>35</sup>

El hombre llevaba seis días de muerto, era liberal y lo habían asesinado los policías. Cuando Jiménez recuperó el cadáver lo llevó a su madre, quien le agradeció por poder darle cristiana sepultura. Aunque el sacerdote se presentó en favor de todas las almas sin distinción política, en la narración hay mayor número de descripciones en donde este ofrecía sacramentos a los liberales. Esto hace visible el afán del autor por mostrarlos como católicos, como víctimas de la policía y, por ende, del Gobierno conservador. Otro sacerdote que Fidel Blandón sacó a relucir en el relato fue el obispo de Santa Fe de Antioquia, Luis Andrade Valderrama. A este le dedicó con “admiración, veneración, amor y gratitud”<sup>36</sup>, la obra. Allí Blandón Berrío expresó a modo de reflexión las injustas acusaciones que las autoridades gubernamentales le hicieron a Andrade:

Atribuyéndole infamias [...] que solo cabe en la mente sectaria de quienes, al lado de la política, entonces dominante si hacían eso [...] en contra del venerable prelado, cumbre de santidad, sabiduría y prudencia. Contra este augusto prelado, gloria y prez de la Iglesia colombiana, lanzaron su baba inmundada los gobernantes compurgadores, que, profanando las glorias de un partido y decretando el exterminio del otro, prostituyeron a Colombia engendrando en ella la violencia [...] él como su ilustrísimo vicario general Mgr Eleazar Naranjo López y como sus sacerdotes perseguidos, espera todavía el día de la justicia.<sup>37</sup>

Según la investigación de Gustavo Mesa, este obispo que consideraba a los liberales como buenos católicos, se sintió perseguido por tal motivo. En ese sentido fue acosado por el obispo de la diócesis de Santa Rosa de Osos, Miguel Ángel Builes, a quien se le conoce por su discurso incendiario en contra de aquello que consideraba liberal. Adicionalmente Andrade también fue hostigado con el nombramiento de un auxiliar intransigente con todo lo liberal, conllevando todo ello a que abandonara su diócesis y emigrara a Estados Unidos<sup>38</sup>. Blandón no responsabilizó literalmente al obispo de Santa Rosa de Osos por este hecho, pero sí aludió a aquellos que defendieron la política dominante, es decir, al Gobierno vigente de filiación conservadora y a jerarcas del clero que solían hacerlo. Blandón Berrío denunció a lo largo de

<sup>35</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 229-230.

<sup>36</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, contraportada.

<sup>37</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 196.

<sup>38</sup> Gustavo Mesa, “Representaciones religiosas”.

su relato la persecución experimentada por algunos sacerdotes que defendieron a los liberales, y que fue estimulada por miembros de la Iglesia católica colombiana, pero también por el Gobierno. La investigación de Andrés Felipe Manosalva Correa muestra que el obispo Andrade Valderrama tenía una postura moderada frente a los liberales, mientras que el obispo de Santa Rosa de Osos, Miguel Ángel Builes, presentaba un discurso altamente incendiario en contra de lo liberal y favorable al partido político conservador.

Por otro lado, el estudio de Mary Roldán indica que Luis Andrade forjó una reputación de tolerancia, al enviar cartas a sus párrocos para que no utilizaran la retórica partidista en sus sermones<sup>39</sup>. Este y otros sacerdotes aparecen en el relato de Blandón Berrío, pero es Gonzalo Jiménez a quien más se alude en la obra. El sacerdote incendiario es representado en *Lo que el cielo no perdona* a partir del clérigo Samuel Ruiz Luján<sup>40</sup>, quien durante la liturgia señalaba a los grupos liberales armados como bandoleros y a su líder como “asesino, ladrón, criminal y bandido”<sup>41</sup>. Por tal motivo, un líder guerrillero lo hizo huir de su parroquia. El evento fue descrito en una narración donde el guerrillero aparece dotado de poderes mágicos. En efecto, Arturo Rodríguez<sup>42</sup>, líder guerrillero, se había presentado varias veces donde el sacerdote solicitándole los sacramentos para su grupo armado, pero este se negó y lo insultó. Como respuesta ante la afrenta, Rodríguez le envió al cura una papaya y dentro de ella, sin fisura alguna, una nota que decía que se fuera de San José de Urama porque hacía parte de los “curas incendiarios”. Blandón le dedicó a ese hecho convertido en leyenda del lugar, un capítulo de cinco páginas, titulado *Las papayas del padre Ruiz Luján*. El encuentro fue relatado así:

Quando el sacerdote terminó la misa y fue a desayunar se le presentó una campesina de edad con dos papayas hermosas y provocativas, y entrando al comedor, con esa tímida desenvoltura de las gentes bonachonas del campo, le dijo: —aquí le traigo estas jruticas pa [sic] que se las coma a la salu e [sic] lo que dijo dese endeviduo [sic] Arturo Rodríguez [...] Las examinó brevemente, y viéndolas en buen estado, tomó el cuchillo y partió una [...] con gran sorpresa vio que dentro estaba un sobre [...] donde leyó una notificación para que abandonara el pueblo por los frutos de su prédica incendiaria.<sup>43</sup>

Fidel Blandón apuntó que este guerrillero solía disfrazarse para escuchar el sermón del clérigo y por esto conocía de primera mano su prédica incendiaria. Samuel Ruiz Luján fue presentado en la novela como un hombre irascible, y por eso al abrir la fruta y ver el sobre

<sup>39</sup> Mary Roldán, *A sangre y fuego*, 294.

<sup>40</sup> En julio de 1950 fue nombrado vicario ecónomo de San José de Urama. DA, Libro de Decretos n.º 5, f. 119. En noviembre de ese año fue trasladado a Buriticá. DA, Libro de Decretos n.º 5, f. 144.

<sup>41</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 88.

<sup>42</sup> En la novela este guerrillero es representado como un mago del disfraz y como la vergüenza de la guerrilla.

<sup>43</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 88-89.

“leyó con sonrojo y rabia [...] [y] lleno de rabia dio una cuchillada a la otra fruta”<sup>44</sup>. Además de su oposición a los grupos liberales armados, Ruiz también fue representado con otros antivalores como la ira y la intolerancia. Cabe decir que el hecho de que el autor incluyera el diálogo de la mujer campesina sin usar recursos ortográficos hizo visible su deseo por insistir en el grado de analfabetismo que para él tenían los campesinos. Para Blandón Berrio caracterizar a este personaje como analfabeta le daba cierto aire de victimización a la narración. En conclusión, la novela incluyó dos representaciones del sacerdote: por un lado, el sacerdote bueno, Gonzalo Jiménez, dotado de valentía, abnegación y humildad, quien daba los sacramentos a todos sus feligreses sin distinción política; y por otro lado, el sacerdote malo, Samuel Ruiz Lujan, a quien se le adjudicaron actitudes de intolerancia, sentimientos irascibles, intransigencia con el grupo liberal armado y probablemente con todos los liberales. Sin embargo el relato de Fidel Blandón no constituyó una crítica a la Iglesia católica sino a sus clérigos. Con las figuras de Samuel Ruiz Luján, el autor deseaba mostrar la imagen de un clero intransigente frente a todo lo liberal. La representación de este cura que condenaba a las doctrinas liberales, al partido liberal y a los bandoleros, es una idea común al repasar el periodo de la Violencia. Probablemente esto se debiera a que durante aquellos años la gran mayoría de los jerarcas eclesiásticos asumieron un discurso que proyectó a la Iglesia católica como la aliada del partido conservador en oposición al partido liberal, tenido por enemigo de la institución clerical<sup>45</sup>. Según diferentes estudios, tal idea se consolidó desde mediados del siglo XIX<sup>46</sup>. Los sacerdotes destacados por Blandón —incluido él mismo— hicieron parte de aquellos clérigos que promovieron un discurso pacifista y opuesto a la gran mayoría del clero colombiano<sup>47</sup>. Con la figura de Gonzalo Jiménez, presbítero de la diócesis de

.....  
<sup>44</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrio], *Lo que el cielo*, 90.

<sup>45</sup> Para una descripción de las posiciones —incendiaria, moderada y pacifista— adoptadas por varios obispos en la época de la Violencia ver Andrés Felipe Manosalva Correa, “Los obispos colombianos en la época de la violencia: paz, guerra y anticomunismo (1945-1965)” (tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia (Sede Medellín), 2013). Para un análisis de las pastorales que difundían una imagen del liberalismo asociado al comunismo, al ateísmo, a la masonería y a la irreligión y de la oposición de los liberales a esas representaciones y a su difusión en la prensa ver Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949)* (Bogotá: Iepri, El Áncora Editores, 1995).

<sup>46</sup> Sobre la imagen de lo conservador como religioso en oposición a lo liberal como laico ver Gloria Mercedes Arango de Restrepo y Carlos Arboleda Mora, “La Constitución de Rionegro y el Syllabus como dos símbolos de nación y dos banderas en guerra”, en *Ganarse el cielo defendiendo la religión, Guerras civiles en Colombia 1840-1902*, Luis Javier Ortiz et al. (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2005); Andrés Felipe Manosalva Correa, “Los obispos”; Luis Javier Ortiz, *Obispos, clérigos y fieles en pie de guerra: Antioquia, 1870-1880* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2010); Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad*.

<sup>47</sup> Un ejemplo de sacerdote con discurso incendiario en contra de los liberales y de sus defensores en Antioquia fue el del párroco de Urroa, Luis Elías Zapata (1945-1950), quien los maldecía, les negaba los sacramentos y bendecía a quienes los combatían. Gracias a las peticiones de la comunidad al obispo Luis Andrade Valderrama, Zapata fue sustituido por Manuel José Ramírez, el cual visitaba al grupo armado liberal y les administraba los sacramentos. Wilson Horacio Granados Moreno, *Los paisanos alzados en armas de Urroa. Testimonios* (Armenia: Universidad del Quindío, 2004), 63-68.

Santa Fe de Antioquia, el autor pretendió dar testimonio de los sacerdotes que en la época ayudaron al partido liberal y a sus grupos guerrilleros y, sobre todo, buscaba denunciar la persecución que estos padecieron por parte del Gobierno conservador y algunos jerarcas de la Iglesia católica. Al respecto Blandón afirmó que “en Colombia hay testimonio y ejemplo de prelados y sacerdotes perseguidos, unas veces abierta y otras solapadamente, porque quisieron cumplir con su misión de caridad y de pacificación [...] otros en cambio hicieron lo contrario, traicionando a Cristo y su evangelio”<sup>48</sup>. La investigación de Gustavo Mesa deja ver que trece de los cincuenta y dos sacerdotes adscritos a la diócesis de Santa Fe de Antioquia —incluyendo al autor de *Lo que el cielo no perdona*— auxiliaban y defendían de las autoridades gubernamentales a los liberales y que incluso varios de ellos mantenían relaciones con los grupos liberales armados, los visitaban para darles los sacramentos y buscar su entrega. Según Mesa, en 1952 varios de estos sacerdotes fueron destituidos por orden oficial, ya que eran considerados amigos de los bandoleros, enemigos del partido conservador y del Gobierno<sup>49</sup>. En la novela de Blandón no solo fue importante la representación del sacerdote como alguien dotado de virtudes, también se hizo visible la necesidad de demostrar que los liberales eran católicos, practicantes de la religión, algo importante para los miembros de este colectivo político. Las acusaciones de antirreligiosos, ateos y vinculados al comunismo hacían que se les considerara como enemigos de la religión y del orden<sup>50</sup>. La figura sacerdotal de representación pacifista, conciliadora, dadora de sacramentos sin importar el partido político<sup>51</sup> quería romper con la consigna de la gran mayoría del clero intransigente frente al partido liberal. Así, las representaciones del sacerdote intransigente y del sacerdote pacificador pueden leerse en la novela; la fuerza y la pasión con la cual el autor defiende su postura habla de la circulación eficaz de estas representaciones en el entorno.

.....  
<sup>48</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 292.

<sup>49</sup> Según la investigación de Mesa, para esta época el obispo de la diócesis de Santa Fe de Antioquia, Luis Andrade Valderrama, que consideraba a los liberales como buenos católicos, se sintió perseguido y acosado por el obispo Miguel Ángel Builes. El nombramiento de un auxiliar intransigente con lo liberal, conllevó a que Andrade emigrara a Estados Unidos. En la investigación se ve detalladamente este hecho y cómo su ausencia permitió la destitución de clérigos que como Blandón auxiliaron a los liberales. Gustavo Mesa, “Representaciones religiosas”.

<sup>50</sup> Acevedo muestra las imágenes y contraimágenes que circulaban en el periodo de la Violencia en los púlpitos, en las plazas y en la prensa, especialmente las representaciones de jerarcas de la Iglesia católica sobre el pecado de ser liberal y la contraimagen de los políticos liberales por demostrar lo contrario. Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad*.

<sup>51</sup> El relato pacifista solo beneficiaba a los liberales y su grupo guerrillero, pues en el caso del comunismo, Blandón era tan intransigente como los sacerdotes que impugnaba. Por ejemplo, este responsabilizó a los comunistas de los sucesos del 9 de abril de 1948. Al respecto es frecuente encontrar referencias que calificaban este movimiento como un “virus” comunistoide, apátrida, antisocial y anticristiano. Tal percepción fue adherida por muchos miembros de la Iglesia católica, la cual al circular en diferentes contextos comunicaba la imagen del comunista como enemigo de la religión y del orden. Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 32-34.

## **Las guerrillas van a misa, los policías son impíos en *Lo que el cielo no perdona***

Durante todo el relato Fidel Blandón Berrío defendió a los liberales y justificó el accionar de su grupo armado. Se empeñó en llamarlos guerrillas organizadas en lugar de bandoleros, término con el que los denominan los conservadores. Para él eran héroes de la patria, valientes, católicos, mientras que la policía era sádica e impía. Cuando Blandón describió a los grupos liberales armados los comparó con los líderes comuneros y con los héroes patrios. Acerca de esto decía que “la historia de Colombia tiene páginas de gloria escritas con sangre de guerrilleros, que, víctimas de la opresión y sedientos de libertad, se levantaron un día con la coyunda española”<sup>52</sup>. Estos grupos liberales armados fueron presentados como guerrillas que buscaban la libertad, con una causa noble y justa y que luchaban en contra de la opresión, en este caso representada por el Gobierno vigente, es decir, el Gobierno conservador que desde 1946 había llegado al poder. De ellos decía Blandón:

... Un gran número de hombres de diversa procedencia, de muy variados conocimientos y culturas y de gran diversidad psicológica y temperamental, en los más distantes y apartados sectores de la patria, sintieron la necesidad de luchar por la paz, la libertad y la justicia, operando en forma de Guerrillas organizadas.<sup>53</sup>

Además de señalar que eran guerrillas y no bandoleros, el autor insistió en mostrarlas como católicas. Al respecto presentó el testimonio del sacerdote Jiménez para demostrar la catolicidad del grupo de guerrilleros. Allí relató la experiencia de Gonzalo Jiménez cuando se dirigió a ellos y constató el afán que estos tenían por recibir los sacramentos, dando cuenta de su devoción y fe. De esto Blandón decía que “... al sonar la campanilla de la elevación más de 300 guerrilleros y toda la multitud cayeron en tierra para adorar la santa eucaristía”<sup>54</sup>. Además de otros alzados en armas, su líder agradeció la presencia de Jiménez: “Dios le pague padre porque se acordó que nosotros también somos hijos de Dios y tenemos alma”<sup>55</sup>. Fue tanta la insistencia del autor por evidenciar el fervor y la necesidad de los grupos guerrilleros por recibir los sacramentos, que describió cómo un jefe guerrillero pidió al sacerdote Samuel Ruiz Luján —presentado en el relato como un sacerdote intransigente— que fuera al campamento a impartir los sacramentos diciéndole:

<sup>52</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 56.

<sup>53</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 57.

<sup>54</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 113.

<sup>55</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 111.

... Venía a rogarle que no siga azuzando de tal modo a las autoridades en contra de nosotros y que vaya a visitarnos, pues hay más de 200 niños sin bautizar por no poderlos traer al pueblo. Algunos quieren casarse y otros lo necesitan para confesarse. Somos ante todo católicos y queremos la visita del sacerdote [...] Pero es que si porque somos liberales no tenemos derecho a la Religión y al sacerdote, estamos perdidos.<sup>56</sup>

De esta manera, Blandón reiteraba la religiosidad y pertenencia de los liberales y de sus guerrillas a la Iglesia católica, justificando así al sacerdote que las visitaba. Con lo anterior el autor quería poner en evidencia que este tipo de sacerdote no estaba en contra del Gobierno, sino a favor de que todas las almas sin distinción política llegaran al cielo. El autor hizo suya la experiencia de Gonzalo Jiménez cuando auxiliaba a los grupos guerrilleros y administraba los sacramentos. Narró la llegada de este al campamento y la alegría de la gente al verlo, todos gritaban “viva la religión católica ¡viva Colombia libre!” En esa misma noche hubo “salve, rosario y sermón”<sup>57</sup>. Los guerrilleros se confesaron y comulgaron en la misa. El sacerdote visitó a los enfermos y regaló escapularios que usaban en el cuello o en el bolsillo izquierdo de la camisa. Que Blandón presentara los diálogos y la descripción detallada de una experiencia que no fue la suya hizo evidente su intención por mostrar a los guerrilleros como católicos. Por eso Fidel Blandón insistió en la devoción cristiana y a la Virgen profesada por aquellos. La novela incluyó el diálogo sostenido por el cura Jiménez con un guerrillero en uno de los lugares a donde iba a llevar los sacramentos. Este le contó sobre un combate entre la guerrilla y allí habló sobre la devoción:

—yo quiero, padre, que usted, me regale un trozo de cirio para alumbrar a la virgen del Carmen [...]

—y tú, tienes devoción a la virgen del Carmen?

—Todos le tenemos gran devoción, padre, es la única esperanza de devoción que nos anima. Mire, Padre, el escapulario y fíjese y verá que todos lo llevamos. En el cuartel tenemos la imagen de la virgen del Carmen y le pido el cirio para alumbrarla.<sup>58</sup>

Este hombre le mostró el altar portátil que tenían para que el sacerdote ofreciera la misa. Fidel Blandón dio muchos ejemplos para demostrar la religiosidad del grupo; describió a los guerrilleros usando objetos sacros como escapularios, imágenes del Corazón de Jesús y de la Virgen del Carmen. El uso de ellas lo consideraba prueba fidedigna de la religiosidad de sus integrantes. Blandón apuntó que uno de los jefes guerrillero las llevaba y veneraba:

.....  
<sup>56</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 100.

<sup>57</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 116.

<sup>58</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 129.

Lo más admirable de este jefe era el respeto y la devoción al sagrado corazón de Jesús y a la Santísima virgen del Carmen, cuyas imágenes veneraban en la parte principal de su cuartel [...] llevaba siempre un escapulario grande en el bolsillo izquierdo de la camisa y recomendaba a los soldados que hicieran lo mismo [...] le pedía escapularios para su gente.<sup>59</sup>

El grupo armado fue mostrado como católico a través del uso de objetos religiosos y la demostración de fe en ellos. Además de ser reiterativo en atribuirles este tipo de prácticas para probar su inscripción en el seno de las costumbres católicas, Blandón también hizo explícito su fervor al decir que “queda desbaratado el chisme de la irreligiosidad de aquellas gentes, y Dios acepta el heroico sacrificio de su sacerdote y la adoración de aquellas almas abandonadas”<sup>60</sup>. Para Blandón eran guerrillas organizadas y católicas, creyentes del Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen del Carmen, lo que justificaba su apoyo y el de otros presbíteros. Mientras que el autor presentó a los miembros de las guerrillas liberales como católicos héroes de la patria, los policías fueron vistos como antirreligiosos e impíos. El autor describió varios de sus asaltos e insistió en que no se preocupaban por enterrar a los muertos. En este punto retomó como suyo el diálogo del sacerdote Jiménez cuando este llegó al campamento de los guerrilleros. Al cura le contaron que la policía había matado a cuatro personas, y ante ello el padre preguntó “—Y ¿no los enterraron? —Se los comieron los gallinazos Padre, pues no los dejaron enterrar”<sup>61</sup>. Otro evento que deja ver la sevicia del grupo institucional es una descripción de uno de sus recorridos por Dabeiba, pues mataban a todo el que encontraban: “La policía se dio el lujo de arrojar los 16 últimos cadáveres a la acequia del acueducto”<sup>62</sup>. La policía no dejaba enterrar los muertos —ritual importante para los católicos—, le hacía daño a la comunidad y mataba sin piedad. Sus acciones eran crueles y con ello se demostraba su irreligiosidad: “Despedazaron un guerrillero y lo pusieron en una olla con la esperanza de que se lo comieran”<sup>63</sup>; “los policías se quedaron con dos cabezas, se tomaron la foto y jugaron con ellas un partido de futbol, el autor presenta la fotografía como prueba fidedigna del relato”<sup>64</sup>.

Otro elemento que evidenciaba su carácter antirreligioso fue la narración de un suceso en el cual se instalaron en la casa cural y según la descripción, sin respeto alguno dormían en la sacristía, bebían y amedrentaban con tiros a la ciudadanía. Al respecto Blandón comentó que “se acuartelaron en la casa cural habiendo forzado las cerraduras y dormían en la sacristía. Todavía hay huellas en los muros de los impactos de sus tiroteos cuando estaban borrachos”<sup>65</sup>. Esto sin duda lo escribía para demostrar que la policía no practicaba valores cristianos: al profanar la

<sup>59</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 150-151.

<sup>60</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 113.

<sup>61</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 108.

<sup>62</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 281.

<sup>63</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 258.

<sup>64</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 268.

<sup>65</sup> Ernesto León Herrera [Fidel Blandón Berrío], *Lo que el cielo*, 105.

casa cural, se negaba su inscripción en la religión católica. El autor se empeñó en ratificar que se trataba de hombres crueles, sádicos, violentos, victimarios, sectarios e intentó representarlos como no católicos, a diferencia de las guerrillas liberales, que daban muestra de ser personas justas y católicas. Los grupos liberales armados que Blandón insistía en llamar guerrillas aparecieron a mediados del siglo XX. En los gobiernos conservadores de 1946 se adoptaron estrategias de terror que tenían como objetivo suprimir los derechos políticos. Según Gonzalo Sánchez, estas se dieron de diferentes maneras: a través de discursos políticos para despojar de ciudadanía al contrario; se utilizó a la policía y las patrullas del ejército para asolar pueblos; se crearon organizaciones que ejecutaban muertes por encargo. En el Valle del Cauca y en Caldas estos fueron llamados *Pájaros* y en Antioquia *Aplanchadores*. Tales camarillas aunadas a la policía practicaban rituales en la forma de asesinar, lo cual generaba gran temor<sup>66</sup>. En ese contexto algunos liberales de diferentes lugares del país<sup>67</sup> espontáneamente y casi sin ninguna conexión organizaron grupos armados para defenderse. Según lo sugiere la investigadora Mary Roldán, en el occidente antioqueño estos grupos se formaron en un primer momento, como organizaciones defensivas de los integrantes del partido liberal, pero luego varias de esas bandas armadas expandieron sus actividades para servir principalmente a los intereses políticos y personales de líderes de la región (gamonales) y como su fuerza de seguridad, surgiendo en torno de ellos un mercado de bienes, animales robados, criminalidad y delincuencia. Estas cuadrillas solían atacar a los representantes del Estado en los municipios: empleados públicos, policías, oficiales y a los miembros del partido conservador<sup>68</sup>. Para Gustavo Mesa estos grupos del occidente antioqueño se caracterizaron por hacer “robos de reses, incendio de casas, desplazamientos, homicidios de campesinos y policías”<sup>69</sup>. Blandón defendió, avaló y dotó de cristiandad y catolicismo a los grupos liberales armados ubicados en el campamento de Camparrusia al occidente antioqueño<sup>70</sup>. Según Mary Roldán, en este grupo guerrillero buscaron refugio varios hombres liberales —y sus familias desplazadas— quienes tenían como objetivo derrocar y acosar al Gobierno conservador. Dicha guerrilla fue liderada por Aníbal Pineda y Arturo Rodríguez, pero seguía las directrices del capitán Franco en Urrao. Esta fue la más organizada de las que se presentaron en esa región<sup>71</sup>.

Cuando Blandón llegó a Juntas de Uramita en 1950, hacía un año que estos grupos armados estaban en Camparrusia. Este es el campamento descrito por el autor a través de las experiencias de Gonzalo Jiménez. Fidel Blandón insistió en afirmar que se trataba de guerrillas organizadas

<sup>66</sup> Gonzalo Sánchez Gómez, *Guerras y política en la sociedad colombiana* (Bogotá: Editorial Nomos S. A., 2008), 32.

<sup>67</sup> Hubo núcleos guerrilleros en los Llanos Orientales, Santander, Antioquia, Cundinamarca y Tolima. Algunos recibieron influencia comunista. Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la Violencia en Colombia* (Bogotá: El Áncora Editores, 1983), 39.

<sup>68</sup> Mary Roldán, *A sangre y fuego*, 226.

<sup>69</sup> Gustavo Mesa, “Representaciones religiosas”, 243.

<sup>70</sup> Actualmente esa vereda hace parte del municipio de Dabeiba. Mary Roldán, *A sangre y fuego*, 227.

<sup>71</sup> Hubo varias bandas guerrilleras en el occidente antioqueño y en el Urabá que seguían el mando de Franco. Para saber sobre su ubicación geográfica ver Mary Roldán, *A sangre y fuego*, 229.

y católicas. El reconocimiento de los grupos liberales armados como guerrillas le otorgaba legitimidad y causa política al grupo armado; por esta razón Blandón las comparaba con los héroes de la patria y las guerrillas que la salvaron de los españoles. Según lo señalan Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, algunos liberales ya habían reconocido al grupo armado como guerrillero, pero los conservadores se empeñaban en demostrar que no eran guerrillas sino simples bandoleros<sup>72</sup>. Según los anteriores autores, ser bandolero significaba perder la legitimidad política, quedando rebajados sus actores a simples criminales<sup>73</sup>. Este debate, al parecer, cambió durante el Gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla, pues los grupos liberales armados que no entregaba sus armas eran considerados bandoleros y quienes las entregaban eran llamados guerrilleros, es decir, se les reconocía su legitimidad. Para Blandón Berrío se trataba de guerrilleros liberales porque tenían una causa justa: defenderse de los conservadores y liberar al país de la opresión. Además insistía en presentarlos como católicos, lo que desmentía la premisa de que eran enemigos de la religión y el orden. Para demostrarlo señaló la incorporación de objetos sacros entre los guerrilleros: medallas, escapularios, altares, imágenes del Sagrado Corazón de Jesús y la Virgen del Carmen. De esta manera el autor los presentó como católicos y aseguraba que eran gentes de bien y que luchaban por una buena causa. En cambio acusaba de bandoleros a la policía y para probarlo utilizó también argumentos religiosos: eran criminales sin una causa justa porque no eran católicos, no enterraban a los muertos y destruían elementos sacros. El uso de elementos sacros y la recepción de los sacramentos eran evidencia de la pertenencia a la Iglesia católica. Por el contrario no se pertenecía a la religión si se destruían y profanaban tales objetos y prácticas. Las personas buenas, justas, honorables, eran católicas y por tanto, incapaces de cometer actos violentos con sevicia. Quien no perteneciera a esta institución clerical era enemigo de la religión, estaba atravesado por la animalidad y era capaz de cometer actos violentos atroces. En esta medida se entiende la preocupación y afán de Fidel Blandón por mostrar la religiosidad y creencia del grupo armado liberal y la insistencia por evidenciar la irreligiosidad de la policía. La defensa de un grupo era la argumentación de la culpabilidad del otro.

## Conclusiones

Esta novela deja ver cómo la Violencia fue interpretada de diversas maneras por los protagonistas que la padecieron. Su lectura revela que la narración está llena de alusiones dotadas de simbolismo, de pasiones partidistas, de religión y de deber ciudadano y que por tanto hacen falta más estudios que indaguen por las representaciones de diferentes grupos sociales, acontecimientos y figuras públicas en otras novelas de tipo testimonial, dentro de su periodo histórico, pero

<sup>72</sup> Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros*, 47.

<sup>73</sup> Gonzalo Sánchez y Donny Meertens, *Bandoleros*, 48.

que además estudien los autores, las formas de producción y de circulación de aquellas, para descubrir qué tipo de significados les adjudicaron en el momento de su publicación. El análisis de *Lo que el cielo no perdona*, en particular, y de su contexto, en general, permite concluir varios asuntos. En primer lugar se constató que para esa época la presencia de la figura sacerdotal era fundamental. Los sacerdotes además de ser los encargados de celebrar la eucaristía y administrar los sacramentos en las parroquias, también eran quienes calmaban o exacerbaban los ánimos políticos. Fueron en muchos casos, los causantes de incrementar los odios partidistas, pero en otros —aunque reducidos y menos estudiados— fueron los que mediaron en el conflicto y buscaron la pacificación. Esta figura sacerdotal de representación pacifista, conciliadora, dadora de sacramentos sin importar el partido político del feligrés existió paralelamente a la figura sacerdotal que hizo lo contrario, esto es, incentivar las hostilidades entre los integrantes adscritos a diferentes partidos políticos. Por tal razón hacen falta investigaciones que rescaten la mediación del clero en la pacificación durante la época de la Violencia, con el fin de hacer comparaciones y reflexiones entre figuras sacerdotales aparecidas después —como Camilo Torres— y sus vínculos con las nuevas guerrillas latinoamericanas. En segundo lugar se verificó que a lo largo de ese periodo histórico también era muy importante la pertenencia a la religión católica. Blandón utilizó el sentimiento religioso y particularmente católico para legitimar a los liberales y a su grupo armado en calidad de guerrilleros y no como simples bandoleros. Para ello destacó su relación con objetos sacros: medallas, escapularios, altares, imágenes del Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen del Carmen. Los católicos eran gentes de bien y si luchaban, lo hacían por una buena causa. Por el contrario quienes no profesaran esta religión eran capaces de cometer acciones atroces. En esta medida, los culpables de los diversos actos de crueldad cometidos durante la Violencia como mutilaciones, asesinatos o violaciones eran los otros, los que eran opuestos y por tanto no podían ser católicos. Quienes no pertenecían a esta Iglesia eran enemigos de la religión, y por eso adquirirían rasgos de animalidad que los habilitaban para actuar cruelmente. Por esta razón Blandón insistió en demostrar que el opositor era el antirreligioso, el diabólico y el ateo, entre otros calificativos. Este tipo de debates en torno del sentimiento religioso y de la adscripción a la Iglesia católica como garantes de inocencia frente a la violencia ejercida por grupos armados ilegales de diferentes tendencias políticas en Colombia, no es un interés frecuente en los análisis contemporáneos; sin embargo es innegable que la idea del sacerdote como una de las figuras más significativas dentro de las comunidades sigue vigente y por eso creemos que futuros estudios sobre su representación arrojará nuevas interpretaciones a propósito de la historia política nacional.

## Referencias

### Fuentes primarias

#### Archivo

- [1] Archivo Histórico de Antioquia (AHA), Medellín-Colombia. Secretaría de Gobierno, Gobernación de Antioquia, Gobierno-Municipios.
- [2] Diócesis de Santa Fe de Antioquia (DA), Santa Fe de Antioquia-Colombia. Libro de Decretos.
- [3] Diócesis de Santa Fe de Antioquia (DA), Santa Fe de Antioquia-Colombia Libro de Guasabrá, Nutibara, Turbo, Urama y Uramita.
- [4] Diócesis de Santa Fe de Antioquia (DA), Santa Fe de Antioquia-Colombia. Libro de Registros de Ordenanzas.

#### Publicaciones periódicas

- [5] Bronx, Humberto. “El libro colombiano en 1955”. *El Colombiano*, sección cultural, Medellín, 4 de Enero, 1956.

#### Documentos impresos y manuscritos

- [6] Blandón Berrío, Fidel. *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Minerva, 1955.
- [7] Blandón Berrío, Fidel. *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Planeta, 1996.
- [8] Blandón Berrío, Fidel. *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Uniediciones, 2010.
- [9] Fidelis, Testis [Juan Manuel Saldarriaga]. *De Caín a Pilatos o lo que el cielo no perdonó. Replica a “Viento Seco” y “Lo que el cielo no perdona”*. S.l.: s.e., s.f.
- [10] Herrera, Ernesto León [Fidel Blandón Berrío]. *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Argra, 1954.

### Fuentes secundarias

- [11] Acevedo Carmona, Darío. *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949)*. Bogotá: Iepri, El Áncora Editores, 1995.
- [12] Álvarez Gardeazábal, Gustavo “La novelística de la violencia en Colombia”. Tesis de pregrado de Licenciatura en Letras, Universidad del Valle, 1970.
- [13] Arango de Restrepo, Gloria Mercedes y Carlos Arboleda Mora. “La Constitución de Rio-negro y el Syllabus como dos símbolos de nación y dos banderas en guerra”. En *Ganarse el cielo defendiendo la religión, Guerras civiles en Colombia 1840-1902*, Luis Javier Ortiz et al. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2005.
- [14] Chartier, Roger. *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa, 2005.

[122] Interpretación del sacerdote, la guerrilla liberal y la policía en Lo que el cielo no perdona

- [15] Darnton, Robert. *El beso de Laumourrette. Reflexiones sobre historia cultural*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- [16] Escobar Mesa, Augusto. "La Violencia: ¿generadora de una tradición literaria?, *Gaceta* n.º 37 (1996): 21-29.
- [17] Escobar Mesa, Augusto. "Literatura y violencia en la línea de fuego". En *Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana*, Augusto Escobar Mesa. Bogotá: Fundación Universidad Central, 1997.
- [18] Granados Moreno, Wilson Horacio. *Paisanos alzados en armas de Urrao*. Armenia: Universidad del Quindío, 2004.
- [19] Jimeno, Myriam. "La dimensión antropológica de la Literatura de la Violencia". Conferencia. XIV Congreso Colombiano de Antropología, Medellín, 23 al 26 de octubre de 2012.
- [20] LeGrand, Catherine. "La política y la Violencia en Colombia (1946-1965). Interpretaciones de la década de los ochenta". *Revista Memoria y Sociedad* Vol: 2 n.º 4 (1997): 79-109.
- [21] Manosalva Correa, Andrés Felipe. "Los obispos colombianos en la época de la violencia: paz, guerra y anticomunismo (1945-1965)". Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia (Sede Medellín), 2013.
- [22] Mena, Lucila Inés. "Bibliografía anotada sobre el ciclo de *La Violencia* en la literatura colombiana", *Latin American Research Review* Vol: 13 n.º 3 (1978): 95-107.
- [23] Mesa, Gustavo. "Representaciones religiosas de la Violencia en Antioquia 1949-1953". Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia (Sede Medellín), 2006.
- [24] Ortiz, Luis Javier. *Obispos, clérigos y fieles en pie de guerra: Antioquia, 1870-1880*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2010.
- [25] Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. "Historiografía de la Violencia". En *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, compilado por Bernardo Tovar Zambrano. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1995.
- [26] Osorio, Óscar. "Siete estudios sobre la novela de la Violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva". *Poligramas* n.º 25 (2006): 85-108.
- [27] Rodríguez Idárraga, Nicolás. *Los vehículos de la memoria. Discursos morales durante la primera fase de la violencia (1946-1953)*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2008.
- [28] Roldán, Mary. *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003.
- [29] Restrepo, Laura. "Niveles de realidad en la literatura de la 'violencia' colombiana". En *Once ensayos sobre la Violencia*, AA. VV. Bogotá: Fondo Editorial Cerec y Centro Jorge Eliécer Gaitán, 1985.
- [30] Sánchez Gómez, Gonzalo. "Los estudios sobre la Violencia, balance y perspectivas". En *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*, compilado por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda. Bogotá: Fondo Editorial Cerec, 1991, 11-30.

- [31] Sánchez Gómez, Gonzalo. *Guerras y política en la sociedad colombiana*. Bogotá: Editorial Nomos S. A., 2008.
- [32] Sánchez Gómez, Gonzalo y Donny Meertens, *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la Violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora Editores, 1983.
- [33] Hering Torres, Max S. y Amada Carolina Pérez Benavides. *Historia cultural desde Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012.



#### Cómo citar

Gil Jaramillo, Rosa Carolina. "Interpretación del sacerdote, la guerrilla liberal y la policía en *Lo que el cielo no perdona*". *Historia y Sociedad* n.º 34 (2017): 103-123. <http://dx.doi.org/10.15446/hys.n34.66232>

---